

blos en una gran crisis, la cual ha sido profundizada por la deuda, pero sobre todo, la crisis actual es la muestra del mayor fracaso del modelo de desarrollo impuesto por los de dentro y los de afuera. Hay que reinventar un nuevo modelo solidario de organiza-

ción social a nivel planetario, que nos ayude a reconciliarnos sexual, racial, socialmente y con la naturaleza, madre de todos, hoy también puesta en peligro por el modelo de civilización occidental.

DIEZ PARADOJAS Y ENCRUCIJADAS DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA EN COLOMBIA

Gonzalo Sánchez Gómez, Historiador, Director Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

Las ciencias sociales en América Latina se han desarrollado en las últimas décadas con ritmos y características muy distintos, según los contextos socio-culturales nacionales. En Colombia, con un desarrollo tardío de las ciencias sociales, por razones que habría que explicar, la disciplina de más amplio desarrollo y arraigo en las dos últimas décadas es sin duda la historia. Pero aún dentro de esta misma disciplina esos desarrollos no han sido lineales, pues en ella coexisten con mayor o menor tensión disímiles orientaciones teóricas, metodológicas o temáticas. El hecho mismo de haberse desarrollado en el marco de los claustros universitarios, ha mantenido a la disciplina al margen de los vaivenes en la política estatal de investigaciones, cuando la ha habido, de los cambiantes intereses de las agencias externas financiadoras de investigación y de los ingentes recursos que se han convertido en prerrequisito del trabajo investigativo en otras disciplinas.

Mi Tesis de partida, robada a Perogrullo (lo confieso públicamente), es que estamos muy bien,

pero estamos muy mal. De este postulado he podido derivar un Decálogo que combina adecuadamente, creo yo, los dos elementos de la paradoja.

No se trata, por lo tanto, de un inventario de publicaciones, sino de la enunciación de una serie de problemas.

En el más reciente de los periódicos balances de la producción histórica realizado por Jorge Orlando Melo a comienzos de 1990 y presentado en un Simposio sobre 'La investigación colombiana en la Artes, las Humanidades y las Ciencias Sociales', el autor definía el momento actual de la historia como un momento de perplejidad, perplejidad que uno podría referir a las tres rupturas que habían configurado su irrupción innovadora a partir de los años 60:

- Perplejidad, primero, por la *crisis de los paradigmas políticos* que le habían dado impulso a la disciplina en los años sesenta y que le habían exigido un gran esfuerzo de re-fundación del pasado en

consonancia con las nuevas utopías en boga a lo largo y ancho de América Latina .

Colombia, adicionalmente, acababa de salir de más de una década de Violencia con la convicción de que había sido destruida en sus cimientos. Y como es sabido(así,por lo menos se planteó en un congreso internacional de historia en España en 1993) "la incertidumbre de los tiempos actuales acrecienta la pasión por la historia'. La consigna en la Colombia de los años sesenta parecía ser: "para reconstruir el país hay que repensarlo". En ese contexto había sido relanzada no sólo la historia sino también la sociología y la antropología.

- Perplejidad por la *crisis de los paradigmas metodológicos*, asociados a los antes mencionados paradigmas políticos , y más generalmente aún por la crisis de los grandes sistemas de pensamiento, característica del llamado mundo postmoderno, que se ha traducido no sólo en la diversificación sino sobretodo en la fragmentación (que anula toda posibilidad de inter-relación).

- Perplejidad, finalmente, al descubrir las *insuficiencias de la simple inversión temática* -de grupos dominantes por grupos dominados, o de la sustitución de héroes de la historia oficial por héroes del movimiento popular- y reconocimiento, por consiguiente, de que hay que mirar simultáneamente los mecanismos de la rebelión y los de la dominación, de que hay que multiplicar los actores en vez de buscar el actor de la historia; en una palabra, el reconocimiento de que la historia es una historia de relaciones, más que el despliegue hegeliano de la Razón, de la Idea, así esa idea se llame Revolución.

A partir de estas constataciones preliminares quisiera formular el anunciado Decálogo de Paradojas y Encrucijadas de la investigación histórica colombiana:

I. Hay en la producción historiográfica reciente de Colombia un gran énfasis en la regionalización, en la fragmentación, en la especialización (en temas como café, Violencia, colonización, etc.), pero poca globalización. O mejor, parece que el rechazo a las

globalizaciones sociologizantes e infundadas de los años sesentas y setentas que llevadas al extremo pusieron en duda incluso la posibilidad de una historia nacional, ha generado una fascinación tal vez igualmente problemática por la regionalización. Es cierto que este movimiento de regionalización nos llevó a descubrir la heterogeneidad social y cultural del país, pero hay que reubicarla en su justo lugar. No se trata, por supuesto, de una tendencia exclusivamente colombiana. Se ha anotado,por ejemplo, en una investigación de Fernando Calderón y Patricia Provoste, sobre las ciencias sociales en América Latina, cómo temas de estirpe totalizante (las clases sociales, la dependencia) han ido pasando a un segundo plano.

Tal vez sea oportuno evocar a este propósito la voz de los maestros del oficio." Nada mejor dice Bloch (La Historia Rural Francesa, Edit. Crítica, Barcelona, 1978 p.36)- que reconstruir poco apoco, con la ayuda de mil pequeños rasgos, tomados de una realidad maravillosamente diversa, una imagen de conjunto más exacta, y por tanto más matizada: es la ambición de toda investigación científica. Pero a esa meta ideal - habrá qué recordarlo?- la investigación no puede aproximarse más que con una condición: seguir antes el camino inverso; antes de ir de lo particular a lo general, pedir a una amplia visión de conjunto los medios para clasificar e interpretar los pequeños accidentes del paisaje". En otras palabras la sumatoria de historias regionales no nos da la historia nacional.

Como diría Marco Palacios, hay que ver la historia regional como un problema nacional.

O si se quiere, hay que persistir en la búsqueda - no de la totalidad- pero sí de totalidades. De totalidades relativas, si fuera permitido decirlo.

Sobre este tema ha habido en los últimos diez años exploraciones refrescantes, por ej, de Colmenares; e incluso un simposio organizado por Colcultura, recogido en *Contra el caos de la desmemoriación (COLCULTURA, 1990)*.

II. Hay abundante interdisciplinaria, demarcación de territorios comunes, por ejemplo, en áreas como la de comunicación y la cultura, pero al mismo tiempo es perceptible una cierta pérdida de los perfiles profesionales.

- Aunque algunos nos sentimos cómodos en estas zonas de frontera y de encuentro, otros ven en cierto presentismo dominante (la historia en tanto proyección de los intereses y necesidades del presente sobre el pasado) un peligro para el desarrollo de la disciplina como tal. Es decir, un temor a que el encuentro con otras disciplinas se convierta en una forma de fuga de la historia.

Aunque hoy ya es mucho más fácilmente aceptado que antes, que en cuanto a problemas de definición y construcción de su objeto la investigación histórica está sometida a exigencias similares a las de cualquiera otra de las disciplinas sociales, y en general a las reglas más generales de la investigación científica, es importante rescatar sus dos rasgos característicos: su vocación holística y la diacronía, es decir, la inserción de sus objetos en la perspectiva del cambio, de la temporalidad (no necesariamente en el pasado). Además, no toda investigación sobre el pasado es histórica: puede ser arqueológica, antropológica, geológica..).

Aquí puede haber quizás un desarrollo inverso al de otras disciplinas sociales: mientras las otras disciplinas que han estado más encerradas, claman por la interdisciplinaria (esto se percibe abultadamente en los balances de COLCIENCIAS), la historia, que ha estado más abierta debería estar más atenta hoy a la reafirmación de su especificidad, sin renunciar al diálogo interdisciplinario.

De hecho, mientras más fuerte y definido sea el perfil de una disciplina, más productivamente se podrá relacionar con sus vecinas. El papel de los pregrados vuelve a ser aquí estratégico en la construcción del perfil del historiador profesional.

Con todo, hay campos de investigación, como el de la Violencia en Colombia, en los cuales la

unidad temática pesa más que la diferenciación de las disciplinas.

III. Hay un evidente crecimiento de la producción, pero no hay un crecimiento comparable de las problemáticas. Podría decirse en este sentido que el avance de la producción no significa necesariamente avance de la disciplina. Parece haber incluso un agotamiento de los esquemas de representación

Asimismo, hay un apreciable número de Proyectos (individuales) pero es muy reducido el número de Programas (colectivos) y de líneas de investigación, que permitan impulsar desarrollos sistemáticos y acumulativos en un área determinada, en períodos más o menos largos, e identificables, y con un cuerpo de problemas y de hipótesis en torno a los cuales se genere una dinámica investigativa intensa.

Por supuesto que el carácter colectivo no se refiere en este caso exclusivamente a la pluralidad de proyectos, sino sobretodo, a su articulación.

IV. Hay muchos y nuevos espacios de difusión (editoriales, revistas, periódicos), que son un factor importante en la construcción de un pensamiento propio (como lo saben argentinos, brasileros y mexicanos), pero muy poco para la crítica y para la producción historiográfica, es decir, para que los balances no sean un simple registro de lo que se produce, sino una reflexión sobre la validez de los conceptos, sobre los métodos, sobre la crítica de las fuentes y su clasificación, sobre el estado y posibilidades de los archivos y sobre las prácticas sociales a partir de las cuales se produce.

- La imposición fácil en el mundo universitario de tendencias homogéneas y homogeneizantes de sello marxista, y con ello la ausencia de confrontación, de corrientes encontradas, han frenado demasiado los desarrollos teóricos y metodológicos. Igual papel limitante ha jugado la ausencia de un debate latinoamericano, que ha se ha dado más en la economía, en la sociología y en los estudios políticos.

Uno de los secretos del desarrollo de la historia (sobre todo de la marxista en Inglaterra), según lo reveló Eric Hobsbawm en una conferencia en el Departamento de Historia de la Universidad Nacional hace unos 6 años, se debió a su surgimiento y expansión en un mundo hostil, de confrontación con escuelas conservadoras y liberales de muy alta calificación profesional, lo que obligó a aquella a afinarse teóricamente para el debate y a darle muy sólido respaldo a su corpus empírico.

“Para que puedan darse desarrollos significativos en este campo hay dos ramas de la investigación que deberían plantearse entre las prioritarias a promover sobretodo en los postgrados: la investigación historiográfica y la investigación teórica: un campo en el cual más que de hallazgos hablemos de los problemas de la investigación, de ese movimiento colectivo-cultural que es el de la producción historiográfica. Un buen balance puede contribuir tanto o más que una buena obra al desarrollo de una disciplina.

V. Hay notable énfasis en la particularidad y poco en el estudio comparativo.

Como señalaba Germán Colmenares, nuestra máxima unidad de análisis en la historiografía latinoamericana suele ser la nación, y dentro de ella sus regiones.

La sensibilidad a las diferencias suele exhibirse como un rasgo característico de la mirada del historiador. Pues bien, en desarrollo de su concepción del *MÉTODO COMPARATIVO*, Marc Bloch sostiene que la historia rural francesa no puede entenderse más que "integrada en el conjunto de fenómenos europeos"... "En esto como en todo, el más seguro medio de entender Francia es a veces salir de ella"... "Pero -continúa-...es preciso evitar confundir el método comparativo con el razonamiento por analogía. Aquél exige, por el contrario, para ser practicado correctamente, una gran sensibilidad a las diferencias" (Op.Cit.pp.42-44)

- En general, en todos los campos de las ciencias sociales de nuestro país, se encuentran muy escasa-

mente trabajos que se inserten en el debate internacional, o por lo menos latinoamericano. La singularidad, en este sentido nos puede conducir irremediamente al parroquialismo. Por eso no me tranquiliza la conciencia el argumento de que el aislamiento, como efecto involuntario, nos ha protegido de los vaivenes y de las modas intelectuales. Lo que pasa es que simplemente no estamos en los debates latinoamericanos. No estamos en los encuentros internacionales.

Esto no tiene que ver, por supuesto, con deficiencias de nuestros historiadores, sino con las limitaciones de nuestros recursos: no tenemos centros latinoamericanos, ni bibliotecas latinoamericanas, ni podemos desplazarnos con la misma facilidad burocrática y financiera que los investigadores europeos y norteamericanos.

La historia no ha logrado empero la internacionalización que han alcanzado las ciencias sociales en otros países latinoamericanos, en términos de presencia, de intercambios personales e institucionales, de circulación internacional de sus resultados, de capacidad de captación de académicos extranjeros de alta calidad en nuestros centros de investigación.

Por todo ello, tanto desde el punto de vista del desarrollo socio-cultural, como del punto de vista político-estratégico me parece inaplazable la creación en Colombia de un Centro de Estudios Latinoamericanos de perspectiva interdisciplinaria.

VI. Ha habido un visible interés en las fuerzas dinamizadoras de la sociedad (grupos, movimientos sociales, formas de resistencia a la dominación) pero se ha descuidado el análisis de las resistencias al cambio, de las inercias, de las instituciones, de las fuerzas de conservación (partidos tradicionales, Iglesia, familia) o de aquellas en las cuales los cambios son más lentos...de los "Contras" del proceso social.

VII. Ha habido un demostrable avance en algunas ramas de la historia, por ejemplo en la historia económica y social, pero un abultado retraso de las

historias de la cultura, de las ideologías, de la vida cotidiana y de las mentalidades.

Puesto que en el proceso social se privilegiaban los factores productivos, y en especial la trilogía tierra, capital y trabajo, en el plano investigativo los temas dominantes fueron en los sesentas y setentas la cuestión agraria (la agricultura exportadora, la evolución y estructura de la hacienda, principalmente), la industrialización y la fuerza laboral (indígena, esclava, proletaria... como fuerza productiva, no como hecho cultural).

Dicho de otra manera, ha habido mucho sobre los procesos reales, pero poco sobre el mundo de las estructuras mentales, de los imaginarios, sobre las expresiones culturales del cambio político y social. Sólo muy recientemente han comenzado a producirse incursiones en temas como el de las complejas relaciones entre calendario religioso y calendario republicano (Marcos González); el de las diversas formas de ritualidad política: celebraciones del primero de mayo, por ejemplo; el de las diversas y cambiantes formas de apropiación del mito: la Gaitana a través de la historia nacional (Bernardo Tovar); el de las formas de recepción y reappropriación del discurso democrático de la evolución Francesa (Mario Aguilera y Renán Vega); el de la religiosidad popular; el de la cultura indígena y el de las identidades, incluida la identidad nacional, etc..

Por otro lado, hay un hecho notable y universal como reacción al paneconomicismo reinante en décadas anteriores: si bien lo económico adquiere una importancia aún mayor en la vida cotidiana y en la inmediatez, su centralidad en la interpretación histórica, por el contrario, ha sido desplazada o lo está siendo por las prácticas simbólicas y en general por la producción sobre objetos socio-culturales y sobre los espacios urbanos, líneas de trabajo que tuvieron tan tempranos desarrollos en otros países latinoamericanos, por ejemplo en el Brasil, bajo la influencia de Roger Bastide y Claude Lévi-Strauss. En Colombia, sólo muy recientemente, de la vieja alianza de la historia con la economía y la estadística, se está pasando en términos conceptuales y de preguntas a la búsqueda de una alianza con la etnología, la semiótica y el psicoanálisis.

- O sea que los desplazamientos operados por la Escuela de los Anales en Europa hacia los años setenta, y sobretodo el espíritu de sus fundadores (Bloch, Febvre, Braudel), hasta ahora nos están

llegando o marcando en Colombia. Y esto no tiene por qué llevar necesariamente a una "despolitización" de la historia, como se teme, se arguye o se pretende derivar con frecuencia a partir de sus desarrollos más recientes. Lo que implica es una resignificación de lo Político, presente no sólo en los espacios públicos sino también en el mundo del pensamiento, de la cultura, de las mentalidades, y en general en ese mundo de las representaciones, cuya conceptualización es todavía muy elusiva. En todo caso, valga la pena anotar que por primera vez en un Congreso colombiano de Historia -en el de Bucaramanga, noviembre de 1992- hay Simposios temáticos sobre mentalidades, sobre historia de las ciencias, sobre historia de la familia y la mujer.

VIII.- Asimismo, es detectable un salto en la década de los 80 en el interés por la historia contemporánea, y en particular por la historia política, que había sido la cenicienta de la disciplina hasta fines de la década de los 70s. De hecho, hasta hace muy poco, lo "contemporáneo" hacía parte del universo de lo "no-histórico". Pero este salto hacia lo contemporáneo se ha realizado en desmedro de la historia sobre los períodos colonial, de la Independencia y decimonónico, que fueron el terreno privilegiado de la Nueva Historia en sus albores. El período colonial, en particular, ha sido visto -o tal vez trabajado y proyectado- como un pasado muerto, como si fuera nuestra Edad Media inmóvil. La coyuntura del impacto del Quinto Centenario no parece haber modificado esta situación. En esto tengo una visión opuesta a la proyectaba por Germán Colmenares hace unos tres años en el Seminario sobre Ciencias Sociales en Colombia, organizado por COLCIENCIAS.

Tiene que haber una acción institucional frente a las áreas desprotegidas, no sólo de las entidades financiadoras sino de los centros mismos de inves-

tigación y de quienes los conducen. Tengo la impresión que los Departamentos de Historia se quedaron cortos en iniciativa frente a esta coyuntura favorable para hacer sentir el pasado colonial como un problema actual.

IX. Hay gran diversificación de la producción, pero al mismo tiempo ausencia de síntesis interpretativas de la evolución de la personalidad histórica colombiana (no hablo de Manuales o de obras colectivas - Planeta, Salvat, Oveja Negra, Historia de Bogotá, Historia de Antioquia - cuya coherencia es siempre problemática). En otras palabras hay muchos *hilos* finamente trabajados, cada uno en su singularidad (obreros, campesinos, industria, economías exportadoras), pero muy reducidos esfuerzos por construir el tejido global, la malla cultural. Hemos perdido la función *integradora* de la Historia.

En el desarrollo de una disciplina, para citar otra vez a Bloch (p.27), hay momentos en que una *SÍNTESES*, aún prematura en apariencia, resulta *más útil que muchos trabajos de análisis*; son momentos en que, dicho con otros términos, importa sobre todo enunciar bien las cuestiones, problemas, preguntas, más que todavía, tratar de resolverlas. La historia rural, en Colombia, parece haber llegado a ese punto...en muchas áreas, en lugar de superar libros estamos dedicados a repetirlos.

X. Hay un notable crecimiento de recursos (humanos, financieros y técnicos: fundaciones, entidades estatales, ONGs, intercambios de doble vía con el exterior tanto a nivel individual como institucional) pero hay también una gran tendencia a la concentración de esos recursos, en la capital nacional, en ciertas regiones sociogeográficas, en ciertas áreas del saber, en ciertos centros académicos.

Ello no sólo atenta contra la deseable diversificación del saber que caracteriza todo desarrollo científico, sino que está llevando, como lo he dicho en otro contexto, a que la vida (cultural) en la provincia sea percibida como una maldición, y no como una oportunidad para enfrentar nuevos objetos, nuevas atmósferas intelectuales, nuevas exigencias investigativas.

Este desequilibrio en el acceso a los bienes culturales, amparado muchas veces en la eficiencia tecnocrática, se convierte así en un factor adicional a los desequilibrios ya existentes en la sociedad global.

He insistido en estas paradojas no porque sea pesimista sobre el desarrollo de nuestra disciplina en Colombia, sino precisamente porque creo que al igual que lo señalaba Jacques Le Goff para Francia hace casi dos décadas, en Colombia estamos hoy en el umbral de una mutación importante caracterizada por la triple irrupción de nuevos temas...nuevos problemas y ...nuevos enfoques, y también porque tomar consciencia de la historia que se ha venido haciendo es quizás el prerrequisito para comenzar a intuir o postular la historia por hacer.

En realidad la historia que se ha venido escribiendo y divulgando desde hace más de una década está contribuyendo en no despreciable medida a una silenciosa revolución cultural cuyos efectos sólo podrán apreciarse más tarde. En este sentido, es muy probable que la reinterpretación del pasado y la revaloración de la historia que comenzó después de la Violencia estén cambiando el porvenir. Reescribir la historia es, en todo caso, el primer paso en la crítica al orden existente y en la construcción de una nueva identidad nacional.